

## Historia de la Universidad de El Salvador y solución negociada del conflicto político-militar de 1992

### Antecedentes

La historia de la República de El Salvador está unida a la historia de la Universidad de El Salvador, pues el Estado salvadoreño —fundado el 2 de febrero de 1841—, como la Universidad —fundada el 16 de febrero de 1841—, fueron creados con semanas de diferencia, luego de la desintegración de la Federación Centroamericana.

Tan vinculados estuvieron Universidad y Estado, que dos de los presidentes de El Salvador de la época también fueron rectores del Alma máter, el Dr. Eugenio Aguilar y el Dr. Francisco Dueñas.

A lo largo del siglo XX, la Universidad de El Salvador estuvo acompañando los procesos revolucionarios y de cambio social que se impulsaron en el país, co-

menzando por la participación de tres estudiantes de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, Agustín Farabundo Martí, Mario Zapata y Alfonso Luna, como líderes de la insurrección campesina de 1932, junto a los líderes indígenas Francisco Sánchez y Feliciano Ama. Todos fueron fusilados, junto a varios miles de indígenas sublevados, por la nascente dictadura del gobierno de facto del General Maximiliano Hernández Martínez, entre fines de enero y durante el año 1932.

También es meritorio el hecho de que fueron líderes universitarios como Fabio Castillo Figueroa, Reynaldo Galindo Pohl o Jorge Arias Gómez, quienes, junto con las fuerzas progresistas del país, organizaron la Huelga de Brazos Caídos

de abril y mayo de 1944, que derrocó la dictadura de 13 represivos años del General Martínez.

La Universidad de El Salvador fue asimismo una de las vanguardias revolucionarias que sostuvieron una posición militante contra el gobierno autoritario y dictatorial del Teniente Coronel José María Lemus, quien fue derrocado en octubre de 1960 por el movimiento popular liderado por universitarios de la talla de Roque Dalton García, Schafick Jorge Hándal, Ernesto Badía Serra, Julio Ernesto Contreras, Fabio Castillo Figueroa, entre muchos otros.

Fiel a su compromiso social, la Universidad de El Salvador, durante las rectorías tanto del Doctor José María Méndez, como del Doctor Rafael Menjívar Larín, acompañaron las dos grandes huelgas magisteriales de ANDES 21 de Junio, en febrero de 1968 y en junio-agosto de 1971. Toda la comunidad universitaria se volcó en apoyo a los maestros huelguistas.

Uno de los precios a pagar por su compromiso social con las causas progresistas fue la intervención armada del Ejército y los mal llamados Cuerpos de Seguridad a la Universidad de El Salvador, el 19 de julio de 1972, cerrando por cerca de un año sus instalaciones, encarcelando a centenares de estudiantes que se encontraban en el campus

al momento de la intervención y enviado al exilio a sus autoridades centrales encabezadas por el Rector, el Secretario General, el entonces Decano de Humanidades, el Fiscal General, y otros universitarios.

Como bien lo señalan algunos universitarios de la época, el ínterin que se abrió con la toma violenta de la Universidad de El Salvador por parte del Ejército, radicalizó a buena parte del estudiantado y los docentes universitarios, que se organizaron en las diferentes vanguardias revolucionarias armadas que surgieron en esos años, entre ellos los fundadores del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Edgar Rivas Mira, Rafael Arce Zablah, Joaquín Villalobos, Ana Guadalupe Martínez; de la Resistencia Nacional (RN), Eduardo Sancho, Roberto Cañas; de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), Clara Elizabeth Ramírez, Salvador Moncada; del Partido Centroamericano de los Trabajadores (PRTC), Francisco Jovel, Nidia Díaz, Manuel Castillo, o del Partido Comunista Salvadoreño (PCS), Schafick Jorge Hándal, Dagoberto Gutiérrez, Armando Herrera o Manuel Franco.

Dentro de este recorrido histórico de «estudio y lucha» es necesario también recordar la masacre estudiantil perpetrada por los mal llamados cuerpos de seguridad, quienes dispararon a mansalva contra una pacífica manifestación

de universitarios que protestaban contra la violación de la autonomía universitaria en el Centro Universitario de Occidente, a la altura del paso a desnivel del Instituto Salvadoreño del Seguro Social. Decenas de asesinados, desaparecidos y heridos fue el sangriento saldo de dicha represión cuya responsabilidad directa recae en el entonces Presidente, el coronel Arturo Armando Molina y su ministro de Defensa, Coronel Carlos Humberto Romero.

Otros sucesos luctuosos que ha tenido que pagar la Universidad de El Salvador por su lucha social han sido el asesinato de su Rector Mártir, Félix Ulloa, el 29 de octubre de 1980, así como el asesinato de dos universitarios dirigentes del Frente Democrático Revolucionario (FDR), en noviembre de 1980, Manuel Franco y Humberto Mendoza.

Así también la intervención militar directa del Ejército salvadoreño a las instalaciones de la Universidad, el 26 de junio de 1980, con la destrucción de su mobiliario, equipos de laboratorio, bibliotecas y otros bienes. Mediante esta intervención de la Fuerza Armada, el gobierno mantuvo cerrada por cuatro años la institución, siendo obligada la Universidad a funcionar en el exilio, bajo el histórico lema de «La Universidad se niega a morir».

En mayo de 1984, la dictadu-

ra contrainsurgente se ve forzada por la presión nacional e internacional a permitir la reapertura de la Universidad y devolver el campus a sus autoridades. Se entregó una Universidad destruida por la Fuerza Armada, tanto en sus laboratorios como en sus aulas y bibliotecas. Gracias a la labor de la cooperación internacional se logró la reconstrucción de la universidad. Este período sin embargo es fructífero pues se intensifica el trabajo organizativo de los universitarios, y así, en 1987, se realizan elecciones para Rectoría, ganándolas el Lic. Luis Argueta Antillón como candidato único del Movimiento Unidad Universitaria. Asimismo, en esos años se inicia el tercer esfuerzo, en medio de una universidad sitiada por el ejército y destruida por el terremoto de octubre de 1986, por realizar un Movimiento de Reforma Universitaria. El Rector Antillón teoriza sobre la Universidad Popular, Democrática, Libre y Humanista, en el Plan de Desarrollo 1998-1992.

Una vez más, en noviembre de 1989, en el contexto de la ofensiva insurgente lanzada por el FMLN, la UES fue objeto de una intervención militar que la mantendría cerrada hasta el siguiente año.

Así las cosas, entre intervención militar, apresamiento, asesinatos y desaparición de sus miembros



la Universidad de El Salvador llega al 16 de enero de 1992, cuando se firman los Acuerdos de Paz de Chapultepec entre el FMLN y el gobierno del Presidente Alfredo Cristiani, apoyado por el Ejército, la oligarquía y el gran capital, así como por el gobierno de los Estados Unidos.

Una lectura atenta de los Acuerdos de Paz en su conjunto (elaborados en distintas sesiones en Ginebra, Caracas, San José, México, Nueva York, y Chapultepec) permite visualizar cuando menos dos elementos de lo que podríamos llamar su «espíritu»: primero, la necesidad de priorizar la sensatez y la razón política para finalizar con el conflicto armado y, segundo, buscar la refundación de la sociedad salvadoreña sobre la base de la democracia, el respeto a los derechos humanos y el conocimiento público de la verdad sobre graves hechos de violencia ocurridos desde 1980. Sin olvidar que, según los Acuerdos de Chapultepec, la reunificación de la sociedad salvadoreña, en democracia, tiene como uno de sus requisitos el desarrollo económico y social.

Con ese espíritu se lograron importantes acuerdos de carácter político, tales como el cese definitivo de la guerra civil; la retirada de la Fuerza Armada de la vida política y su retorno a los cuarteles, su reducción y depuración; la desmovi-

lización del FMLN y su conversión en partido político; la creación de la Procuraduría para la Defensa de los Derechos humanos y la Policía Nacional Civil, la creación del Tribunal Supremo Electoral (TSE). Pero los Acuerdos no solo estaban orientados a transformar una situación de violencia, sino también a poner las bases de justicia y equidad para transformar una realidad de injusticia social de larga data.

Digno de mencionar es que la mayoría de los firmantes de los Acuerdos de Paz son hijos de la Universidad de El Salvador, procedentes de sus aulas, entre ellos Schafick Jorge Hándal y Dagoberto Gutiérrez, de la Facultad de Derecho; Eduardo Sancho, Joaquín Villalobos, Francisco Jovel, Nidia Díaz, de la Facultad de Ciencias y Humanidades; Ana Guadalupe Martínez, de la Facultad de Medicina; Roberto Cañas, de la Facultad de Ciencias Económicas, de parte del FMLN, y de parte del Gobierno del Presidente Alfredo Cristiani, David Escobar Galindo, de la Facultad de Derecho.

### **I. Esfuerzos de la Universidad de El Salvador en el Proceso de Paz**

Desde la misma intervención de la Universidad de El Salvador por parte de la Fuerza Armada el 26

de junio de 1980, surgió la necesidad, ante una Universidad tomada por el Ejército y cerrada por cuatro años, de buscar la paz como la única solución posible a la problemática nacional que se debatía en una fratricida y sangrienta guerra civil.

Ante ello, tanto la dirigencia del FMLN, como del FDR y de otras fuerzas progresistas, coincidieron con el clamor unánime de los universitarios de que la solución al conflicto armado no estaba en una victoria militar de los dos bandos confrontados sino en una salida negociada al conflicto armado.

Se puede afirmar que los primeros pasos que se dieron en este sentido fueron los de la Declaración franco-mexicana de 1982, que declaró como parte beligerante del conflicto al FMLN, pero también toda la labor de solidaridad internacional que se desarrolló desde Nicaragua para apoyar la reconstrucción de la Universidad de El Salvador, entonces bajo el lema combativo de «La Universidad se niega a morir». Fue en estos años cuando surgió la Secretaría de Relaciones Internacionales de la Universidad de El Salvador, fundada por el Licenciado Armando Herrera, que canalizó la ayuda que la cooperación internacional brindó a nuestra institución.

Por otro lado, las autoridades universitarias, en la búsqueda de

convergencias hacia la paz, valoraron de mucha trascendencia los esfuerzos de dos mandatarios centroamericanos cuyo mandato coincidió con el periodo (1986-1990) más cruento de la guerra en El Salvador, el guatemalteco Vinicio Cerezo y el costarricense Oscar Arias.

Con la llegada al poder de Marco Vinicio Cerezo Arévalo (1986-1990) se inicia un período de gran participación del Gobierno de Guatemala en el Programa Esquipulas II, que, junto con los esfuerzos por la paz del Grupo Contadora (Panamá, Costa Rica, Colombia, Venezuela, México, España) brindaron grandes aportes para la consolidación de las pláticas de paz en El Salvador entre los representantes del FMLN, FDR, Fuerza Armada y Gobierno. Por otro lado, Vinicio Cerezo inició un proceso de democratización y de diálogos de paz con la guerrilla guatemalteca. El mayor mérito del expresidente Cerezo fue la creación del Programa *Esquipulas II* en la cumbre de presidentes de Centroamérica, para la búsqueda de la paz en toda la región.

Pues se trataba en todo caso, de una región azotada por la guerra civil y el conflicto geopolítico mundial, tanto en Guatemala y El Salvador, donde las fuerzas revolucionarias se enfrentaban en una lucha frontal contra las oligarquías locales y en Nicaragua, donde la



joven revolución sandinista se enfrentaba a la contrarrevolución, armada y financiada por los Estados Unidos de América.

En su vocación integracionista, se interesó también en el establecimiento del Parlamento Centroamericano, el cual sería luego una realidad que permanece vigente. Tanto el Rector de la Universidad de El Salvador en esos años, Lcdo. Luis Argueta Antillón, como el entonces presidente de la Asamblea General Universitaria (AGU), Ing. Carlos Canjura, y los dirigentes de la Asociación General de Estudiantes Universitarios (AGEUS), tuvieron un destacado rol al ser actores universitarios y nacionales en los procesos de Esquipulas I y II, así como en los encuentros con los estadistas de la región involucrados en el proceso de paz, como Oscar Arias y Vinicio Cerezo.

Por otro lado, en los encuentros con el Presidente de Costa Rica, el mandatario Oscar Arias Sánchez denunció inequívocamente la interferencia ideológica y militar de las superpotencias, aún enfrentadas dentro del marco de la Guerra Fría, que amenazaba con desbordar tanto el alcance como la definición del conflicto centroamericano.

Tal intervencionismo incrementó el rigor de una guerra civil que ya había reclamado más de cien mil vidas en Guatemala, agravó

la inestabilidad interna en El Salvador y Nicaragua, y creó tensiones fronterizas entre Nicaragua y sus países vecinos, Honduras y Costa Rica. A pesar de que el Gobierno previo había tomado la decisión de hacer una «Proclama de Neutralidad», Costa Rica parecía irremediablemente involucrada en los conflictos del área. Frente a estas amenazas, Oscar Arias intensificó sus esfuerzos para promover la paz.

## **II. La Universidad de El Salvador después de los Acuerdos de Paz de 1992**

Es innegable el hecho de que la Universidad de El Salvador fue en parte olvidada en los Acuerdos de Paz, pues a pesar de haber sido una Universidad mártir, de haber abonado con la sangre de sus mejores hijos, entre ellos el Rector Mártir Félix Ulloa, la lucha liberadora del pueblo salvadoreño a la par de sus vanguardias armadas y revolucionarias, fue prácticamente invisibilizada en dichos Acuerdos. Al analizar detenidamente este proceso, es sin embargo innegable que estaban en juego otros factores que podrían poner en peligro el mismo proceso de paz, como la exigencia de la guerrilla del regreso del Ejército a los cuarteles, la eliminación de los cuerpos de seguridad y la instauración del Tribunal Supremo Electoral. Quizás se actuó con demasiado

pragmatismo al poner énfasis en estos puntos y en desestimar por ejemplo, a la Universidad de El Salvador y también al problema socioeconómico del país.

Pues la guerra y la problemática económica eran las principales preocupaciones de la ciudadanía en la década de los ochenta; con los Acuerdos de Paz se da un cambio histórico: se pone fin al conflicto armado, pero al mismo tiempo surge un nuevo problema que amenazará la paz lograda: la violencia delincinencial. Desde 1994, el problema de la criminalidad domina, intercambiando su preponderancia con los problemas económicos. Por eso algunos sostienen que la paz que tenemos en El Salvador es una paz violenta; no la violencia de la guerra, sino la de la inseguridad pública, cuyo reflejo más impactante lo constituyen los 12 o 15 homicidios diarios que actualmente padecemos.

En lo que respecta al problema económico, después de los Acuerdos de Paz no solo no se tomó en serio la plataforma mínima de compromisos orientada a facilitar el desarrollo de los estratos sociales mayoritarios, sino que se impulsaron políticas económicas en perjuicio de esas mayorías y en beneficio de sectores minoritarios vinculados al entonces gobernante partido ARENA. Estos grupos

se fortalecieron con el proceso de privatización de la banca, la privatización de los grandes activos del Estado y la dolarización de la economía. Se consolidó un modelo económico incoherente con los logros políticos de los Acuerdos de Paz; peor aún, contrario al espíritu de estos, se impulsó un criminal modelo neoliberal que ha llevado al desastre la economía y el tejido social de nuestro país. Se construyó así una paz violenta por pobreza y exclusión.

El primer Gobierno de ARENA firmó la paz, pero su política económica excesivamente neoliberal y plegada a los intereses de los más ricos, la oligarquía financiera conocida como el G-20, su actitud proclive a los actos de corrupción, y una política de seguridad fallida han sido formidables obstáculos para alcanzar una paz verdadera. El cambio de Gobierno de 2009 generó nuevas y grandes expectativas sobre la posible solución de los principales problemas que afectan a las mayorías. Lo cual no fue exitosamente solventado por el primer gobierno del FMLN encabezado por el Presidente Mauricio Funes. No obstante, la ciudadanía aún sigue esperando que la segunda administración gubernamental del FMLN, el gobierno del Presidente Salvador Sánchez Cerén, resuelva los problemas económicos y de violencia delincin-



cial que la afligen. Actualmente, en buena parte de los salvadoreños y salvadoreñas hay incertidumbre, desencanto y frustración causados por los altos índices de violencia, el aumento de la pobreza, la falta de confianza en las instituciones que deberían garantizar la paz y la democracia, y la falta de justicia para las víctimas. De ahí que un alto porcentaje de la población considera que El Salvador necesita un cambio más profundo.

Y ese cambio pasa, hoy en día, por abordar con eficacia y eficiencia los problemas antes citados. Pasa también por superar la incompetencia de la clase política y, consecuentemente, su mal desempeño. Retomar el espíritu de los Acuerdos de Paz en este campo supone vincular la política con la ética, con el bien común, con el pluralismo real, con la concertación producto del debate responsable, del disenso y el consenso.

Con los Acuerdos de Paz se posibilitó, sobre todo, una reforma política con alcances, limitaciones y peligros de retroceso; pero sigue pendiente la reforma económica, aspecto sustancial de la paz social y de la democracia real. Es este uno de los principales desafíos del actual Gobierno. En la solución de los actuales problemas debe influir el espíritu de los Acuerdos, esto es, la fuerza de la razón para enfrentar

la crisis, y la voluntad de verdad y de justicia para refundar la sociedad salvadoreña que queremos.

Sin embargo quizás lo más delicado de los Acuerdos de Paz, es el hecho de que, si bien se logró una democratización de la vida política en el país, posibilitando el ingreso al parlamento, y luego de 17 años, a la presidencia de la república, del FMLN, no se logró la democratización económica que tanto requería y requiere El Salvador.

En este sentido fue muy atinado de los Acuerdos de Paz, la creación de un Foro para la Concentración Económica y Social, creado con la participación igualitaria de los sectores gubernamental, laboral y empresarial, con el objeto de lograr un conjunto de amplios acuerdos tendientes al desarrollo económico y social del país, en beneficio de todos sus habitantes. Para ello se encargó a una Comisión la revisión del marco legal en material laboral para promover y mantener un clima de armonía en las relaciones de trabajo. También se encargó del análisis de la situación de las comunidades marginales urbanas con miras a proponer soluciones a los problemas derivados del conflicto armado de los últimos años. En términos generales, el Foro sería el mecanismo para concertar medidas que aliviasen el costo social del



programa del ajuste estructural. Sin embargo todo quedó en letra muerta, pues la misma oligarquía financiera y los sectores de poder del gran capital, se encargaron, a través de las políticas neoliberales de los cuatro gobiernos del partido ARENA, hasta 2009, de desactivar y reducir a la nada, las propuestas del Foro Económico Social.

Esta ha sido una de las fallas estructurales de los Acuerdos de Paz, pues al no lograr una democratización de la vida económica de los salvadoreños, y al imponerles un capitalismo salvaje de la peor catadura, se cerraron las vías para otorgarles una vida justa, digna y democrática, que fue, en última instancia, la razón de ser del conflicto armado.

Y por otro lado, se abrió una caja de pandora social, pues al aumentar con las políticas neoliberales la exclusión social, la inequidad, la explotación en la ciudad y el campo, el desempleo y las crisis económicas, se dio paso a la marginación y la pobreza, a la falta de oportunidades para los jóvenes y viejos, a la emigración forzada hacia el Norte, caldos de cultivo para la criminalidad, el auge de las pandillas, el gusto por el dinero fácil del narcotráfico y el crimen organizado y la imparable ola de violencia que actualmente padecemos.

### III. Etapa actual

En la coyuntura que se vive, durante las celebraciones de los veinticinco años de los Acuerdos de Paz, de enero de 1992, y durante las celebraciones de los 176 años de fundación de la Universidad de El Salvador, es indiscutible que la Universidad de El Salvador de nuevo está llamada a jugar un rol importante en la agenda de nación, en vista de los extraordinarios avances que se están dando en materia de políticas sociales. Un ejemplo de ello es el incremento al salario mínimo a partir de enero de 2017, el cual ha sido saludado por las máximas autoridades de nuestra Universidad. Pero también una serie de programas sociales que han llegado de la mano de los dos últimos gobiernos del FMLN como son el programa del vaso de leche, la declaración de los municipios libres de analfabetismo a lo largo de los últimos años, el programa de uniformes, zapatos y útiles escolares gratuitos a los alumnos de las escuelas del sistema público de educación nacional, así como los subsidios al gas y la electricidad, la pensión básica universal, el programa PATI de ayuda a los más necesitados, entrega de escrituras a familias que tienen años de habitar tierras comunales, entre otros.

Es indudable que así también se ha abierto la necesidad, respal-

dada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) de la posibilidad de una segunda generación de Acuerdos de Paz, enfocados no solo a contribuir a la paz social, el desarrollo y la democracia participativa sino también a eliminar las obsoletas desigualdades económicas que padece nuestro país.

En todos estos nuevos escenarios que se están planteando, es

indudable que la Universidad, fiel a su lema y a sus tres funciones básicas, estará presente insertándose en la agenda de nación.

«Hacia la libertad por la cultura»

**Equipo de redacción**  
**Revista *La Universidad***